



C
 Columna

José Antonio González Pizarro
 Académico de la Universidad Católica del Norte



El patrimonio de la ciudad, un paseo por la manzana

A fines de la Edad media enseñaba José Antonio Maravall, el gran historiador español de las mentalidades y la historia social- para saber de algo y despertar la curiosidad, los letrados tenían dos caminos. O leer, lo que habían legado los antiguos y de esta forma informarse, o bien, viajar, para que el traslado hacia su entorno nativo abriese las percepciones sobre lo nuevo. De esta manera, se podía conjugar lo que constituía una herencia acumulada por siglos, o despertar la admiración por lo ignoto que los libros no habían recogido de otras realidades socio culturales. Una forma para que los viejos estilos arquitectónicos pudiesen embellecer a ciudades que iban progresando, de espaldas a tales reliquias urbanas, como también las viejas calles se abriesen a incorporar las novedades que traían viajeros, intelectuales y técnicos para realizar las ciudades que delataban ya un par de siglos de asentamientos.

Kevin Lynch introdujo como metodología- entre otras- hacer un periplo por la manzana y detectar los elementos que contiene, no solo en su paisaje arquitectónico sino la relación que se establece entre sus vecinos y el espacio público. Pablo Neruda lo planteó en su poesía. Sin ir más lejos, en su "Walking Around"

"Sucede que me canso de ser hombre.
 Sucede que entro en las sastreías y en los cines marchito, impenetrable, como un cisne de fieltro navegando en un agua de origen y ceniza."

Yo paseo con calma, con ojos, con zapatos, con furia, con olvido, paso, cruzo oficinas y tiendas de ortopedia, y patios donde hay ropas colgadas de un alambre: calzoncillos, toallas y camisas que lloran lentas lágrimas sucias".

La percepción que tenemos con nuestro entorno, condujo al holandés Van Den Berg, a escribir su volumen Metabólica o teoría de las modificaciones: principios de una psicología histórica, un libro ya de antaño, que adquirimos cuando joven. Me ha servido para visualizar cuánto he cambiado o, mejor dicho, cómo mi percepción se ha modificado al contemplar determinados lugares que he frecuentado en mi ciudad. La misma sensación de rozar con la mano los pliegues de fachadas antiguas que conducían al

Cine Nacional o al Teatro Imperio, en las décadas de los 60 y 70, se comenzó a desdibujar cuando crecíamos. Las impresiones de Rousseau, que cita Van Den Berg, fueron variando con los años al contemplar el lago de su ciudad natal, Ginebra.

Las ciudades cambian y determinados autores, después de lo sucedido en París con la modificación del Barón de Haussmann, en el siglo XIX, se han planteado cómo podemos hacer conciliar lo antiguo- a veces denominado "casco histórico"- con la modernización de la urbe, para poder mantener una identidad dinámica de la ciudad. ¿Dónde visualizar sus orígenes, contemplar su naturaleza comercial, industrial, portuaria, de servicios, universitaria, para ir atisbando su evolución? Una forma de conocer y comprender una ciudad, es seguir el consejo del gran poeta francés Charles Baudelaire, deambular, pasear en sus calles, detenerse en sus rincones, contemplar los puntos de inflexión que marcan algunas esquinas. Ser un flâneur. Con un arquitecto colega en la Universidad Católica del Norte, recorrimos, de forma descendente y circular, la ciudad de La Paz. Una manera racional de descender, por la altura en que se emplaza y de conocer los vericuetos de una capital que atrae por esa fusión de tradición e innovación.

"Lo que ha realizado nuestro pintor Luis Núñez San Martín, con sus distintos murales con vistas del Antofagasta de ayer, no solo es encomiable y bello, sino constituye una panorámica didáctica para los nativos y forasteros".

Lo que ha realizado nuestro pintor Luis Núñez San Martín, con sus distintos murales con vistas del Antofagasta de ayer, no solo es encomiable y bello, sino constituye una panorámica didáctica para los nativos y forasteros, que puedan entender cómo en una porción de arenas y rocas, se pudo levantar calles y casas. Una forma de habitar y vivir en pleno desierto.

La desintegración de nuestro tejido social, los motivos no son la razón de este artículo, nos habla también de esta intervertebración de nuestro espacio urbano. Tenemos islas en nuestro perímetro, que engloban conjuntos de edificios y casas, que no hablan con el resto de la ciudad. Hay un interfaz

entre el centro de la ciudad, que, en los inicios de Antofagasta, fue moldeado bajo la enseñanza de la Municipalidad, determinando los espacios donde crecer y habitar, y lo que observamos hacia el sur y el norte de nuestra querida ciudad. Es difícil encontrar señas de convivencia comunitaria en nuestras manzanas, como también cierta uniformidad de estilos arquitectónicos. Toda la majestuosidad de los inmuebles de calle Salvador Reyes se fueron al tacho. Cuesta recordar lo que significaron las calles Adamson o Latorre para los vecinos antiguos. Hay adejes que han sido injertos en nuestro centro que son insultos para la belleza, que se trató de impregnar en el rumbo de la ciudad, después de la crisis de 1930. José Papie, el más culto de los regidores en nuestra urbe, clamó por hacer tomar conciencia a nuestros ediles en esa década por leer a Lewis Mumford o a Le Corbusier. Aró en el mar. Gonzalo Castro Toro, nuestro edil galeno, impulsor del Movimiento Civil Constitucionalista de 1932, abogó para que no desaparecieran las quintas de recreo: aquellas eran fundamentales para contribuir con la dimensión biótica de Antofagasta. La calidad de vida de nuestra población encontraba solaz en estos refugios que se dispersaban desde el norte hacia el sur.

Recorrer la ciudad, contemplar las manzanas, teniendo la memoria de un ayer no tan lejano, lo que significaba para el imaginario social, es un ejercicio que duele. No solo se ha degradado el espacio público sino cierta dignidad de nuestros edificios. Desde la década de 1950 se acostumbraba en Antofagasta a pintar las fachadas cada año. Incluso el municipio subsidiaba. Pedro Araya, el último alcalde que conoció vivencialmente la ciudad, pues hizo un ejercicio ciudadano olvidado: la recorrió de punta a punta, dialogando con los vecinos. Planteó retomar ese viejo hábito estético. No era para "esconder" la pobreza o la precariedad de las viviendas. Era para embellecer- siguiendo una tradición de Valparaíso- el panorama de la ciudad. Quien ve belleza, ornato, aseó, se anima a reproducir tales fines en su entorno inmediato.

Tenemos que volver a rescatar cada trozo de nuestra ciudad. Cada manzana debe reflejar el sentido de habitar el desierto. Ya no somos un campamento- la larga lucha que se libró en el siglo XIX y que clausuró el alcalde Moisés Poblete- somos una urbe, con empeño de ideas innovadoras. Hay que escuchar las voces que aportan una visión estética y moderna. Fuimos una ciudad modelo para Chile. En la actualidad, constituimos el quinto municipio

con el mayor presupuesto a nivel nacional. Pero el derredor de nuestro habitar en Antofagasta, no refleja aquello. Nos hemos vuelto una ciudad gris, sucia e insegura. No hay cuidado por preservar el espacio público de nuestros parques, plazas, avenidas. Pero la ciudad guarda un potencial que nos hizo vencer la adversidad de las primeras décadas del siglo XIX, otear porvenir en las décadas difíciles de los 30 y 40 del siglo XX. Tenemos universidades regionales. Contamos con agrupaciones diversas interesadas en impulsar el progreso comercial e industrial, con asociaciones deportivas que son impredecibles para contribuir a un sentido lúdico, identitario, por el quehacer comunitario que simbolizan; con empresas que se han impregnado de un comportamiento sustentable y territorial en sus labores productivas, y, por los miles de habitantes, nativos y extranjeros, que, diariamente, contribuyen a deshechar los malos hábitos, las incivildades cotidianas que observamos. Radicarse en nuestra ciudad, no solo constituye un acto valeroso ante el desierto más árido del mundo, sino el deber de contribuir a que Antofagasta sea el espacio preciso, digno, de vivir y morir en él. Es necesario reaccionar ante tanta pusilanimidad, de las autoridades, de las instituciones y de nosotros mismos.